

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR

Día 2 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

San Francisco de Paula, ornamento y milagro de su siglo, nació en Paula, ciudad pequeña de Calabria, el año de 1416, de familia honrada y de las más virtuosas de aquella ciudad. Jacobo Bartolilo, por otro nombre Salicón, y Viana de Fuscaldo, sus padres, se persuadieron que este hijo era fruto de un voto que habían hecho al Señor, por intercesión de San Francisco de Asís, cuyo nombre le pusieron ; y habiendo advertido que el niño tenía en un ojo una nube que le embarazaba la vista, hicieron una promesa al Señor de vestirle por un año el hábito del mismo San Francisco, y que durante este tiempo se criase en uno de sus conventos, y luego se le desvaneció la nube.

Quiso la piadosa madre criar por sí misma á su hijo y cuidar de su virtuosa educación. Luego que cumplió trece años, le entregaron á los religiosos de San Francisco en el convento de San Marcos, á una legua de la ciudad de Paula. Los frailes hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro; pero eran diferentes los designios de la Divina Providencia. Habiendo cumplido Francisco el voto de sus padres, les pidió licencia para ir en peregrinación á Asís, á Nuestra Señora de los Ángeles y á Roma. De vuelta visitó los monasterios más célebres que encontró en el camino, y, llegado á Paula, suplicó á sus padres le permitiesen retirarse á cierto sitio solitario que estaba en una heredad suya distante quinientos pasos de la ciudad. Condescendieron con sus fervorosos deseos, aunque no tenía más que catorce años, bien

persuadidos á que era el espíritu de Dios el que le llamaba al desierto.

Pero su misma fama turbó presto su amada soledad. Concurrían á tropel los ciudadanos de Paula á ver aquel nuevo Juan Bautista en el desierto; esto le obligó á retirarse á otro más desviado, y como á enterrarse vivo en una gruta, que él mismo abrió en una roca sobre la orilla del mar. Allí renovó en su persona el tierno anacoreta la abstinencia, los rigores y el fervor de los más antiguos, y aun se adelantó á las penitencias de muchos. No pudo resistirse á los instantes y aun importunos ruegos de algunos fervorosos mancebos que, movidos de su ejemplo, le suplicaron los admitiese por discípulos suyos, y los permitiese vivir en su compañía. Cedió el Santo á sus instancias , y en el año de 1435 permitió se fabricasen tres celdillas y se erigiese una pequeña capilla, adonde un clérigo de una parroquia vecina venía regularmente á decirles Misa y administrarles los sacramentos, juntándose en ella todos á cantar alabanzas á Dios. Esta fue como la cuna de aquella ilustre religión, que con el tiempo fue hermosa porción del rebaño de Jesucristo y bello ornamento de su Iglesia.

No tenía á la sazón nuestro Santo más que diez y nueve años; pero su eminente santidad, y las maravillas que el Señor obrabapor él, aumentaron tanto el número de sus discípulos, que se vio precisado á pensar en edificar un monasterio que fuese capaz de alojarlos á todos. Quiso poner la primera piedra Pirro, arzobispo de Cosenza; pero como la humildad de nuestro Santo hubiese tomado muy estrechas las medidas, se apareció de repente un fraile Francisco no conocido, y, aconsejándole hiciese un convento más capaz y de extensión proporcionada, él mismo formó el plan, le dejó las dimensiones y desapareció: lo que hizo creer

piadosamente al papa León X que el religioso que se había aparecido había sido el mismo San Francisco de Asís.

No se puede ponderar el grande ardor y la fervorosa ansia con que los pueblos del contorno concurrían á porfía á adelantar la obra del monasterio. Venían á trabajar tropas enteras de oficiales por su propia devoción, sin ser gravosos á Francisco ni al convento. Los jóvenes de la primera distinción, y aun las mismas señoras y damas principales, llevaban sobre sus delicadas espaldas las espuestas y el ripio para el cimiento, que servían á los albañiles, y después los pagaban ellas y ellos los jornales, siendo muy pocos los que no quisiesen tomar parte en este maravilloso edificio; pero lo que más le adelantó fueron los milagros que obró el Señor por intercesión de nuestro Santo.

Uno de los testigos en el proceso de Cosenza para su canonización depone que, habiéndose hecho llevar al Santo por un vehemente dolor que sintió en un muslo, cuya violencia, no solamente le impedía el andar, sino que no le permitía tenerse en pie; Francisco, después de haberle asegurado que aquel dolor era castigo del Cielo por el poco respeto que había tenido á su madre, le mandó que él solo llevase á la obra un andamio de tan enorme peso, que muchos hombres apenas le podían mover. No pudo contener la risa el enfermo al oír semejante proposición; pero el Santo le dijo: *Por caridad, haced lo que os mando, que bien podéis*. Obedeció sin réplica, cargó sin dificultad con toda aquella máquina, llevóla á la obra y quedó del todo sano.

Vinieron á decir á Francisco que un horno de cal se había abierto por diferentes partes con la violencia del fuego y estaba próximo á arruinarse. Corre al horno, entra en él intrépidamente, anda entre las llamas

cerrando las rendijas, remedíalo todo, y se sale con grande serenidad sin la más leve lesión. Parece que poseía el don universal de milagros. Desprendido del monte un corpulento peñasco, venía á desgajarse sobre el edificio y á sepultarle entre sus ruinas. Levanta Francisco las manos al cielo, y se suspende el peñasco en lo más pendiente de la escarpada montaría; Falta agua á los que trabajan en la obra; hace oración, y brota una copiosa fuente que jamás se ha secado. Concluido, en fin, el portentoso edificio á fuerza de milagros, estableció en él la disciplina regular, sin aflojar en el primitivo rigor de penitencia, que había entablado en la primera ermita. No dudando el arzobispo de Casenza que era obra de Dios el nuevo instituto, permitió á Francisco que fundase conventos en toda la extensión de su diócesis. Los obispos circunvecinos le dieron el mismo permiso, y en poco tiempo vio el Santo establecidos sus hijos en Paula, Paterno, Spezia y Corigliano.

Profetizó la toma de Constantinopla, y mandó en nombre de Dios al rey de Nápoles que atacase á los turcos y los echase de Calabria, no obstante la gran desigualdad de sus fuerzas; pero se cumplió la profecía con una completa victoria. **Pronosticó al rey de España que expelería á los moros de sus estados, y que él mismo recobraría el reino de Granada.** Movida la hermana del Santo de un amor desordenado, estorbó á un hijo suyo que entrase en la religión de su tío; muere el muchacho dentro de pocos días, tráenle á enterrar á la iglesia del convento, cántanle el Oficio de difuntos, y, cuando iban á meterle en la sepultura, ordenó el Santo que llevasen el cadáver á su celda. Hizo oración y resucitóle. La pobre madre, llena de dolor, vino al día siguiente al convento á consolarse con su santo hermano; confesó que era justo el castigo del Cielo; y que, si no hubiera estorbado á su hijo que fuese religioso, sin duda viviría. *Y bien: le dijo el Santo; ¿darías ahora tu consentimiento?—¡Ah, hermano*

mío, respondió la afligida madre, y cómo que le daría!; pero ya viene tarde.—Pues aguarda un poco, la replicó Francisco. Súbese á la celda, da el hábito al sobrino, baja con él y preséntasele á la madre. Este fue el célebre P. Fr. Nicolás de Aleso, que acompañó á su tío en el viaje de Francia, donde murió con gran fama de santidad.

A vista de tantas maravillas, no hay que admirar hubiese hecho en todas partes tan portentosas conversiones. ¿Quién se había de resistir á un profeta tan poderoso en obras y en palabras? Informado el papa Sixto IV de los prodigios que obraba aquel hombre extraordinario, y de los progresos que hacía su instituto en Sicilia y en Calabria, quiso verle; y, examinada su regla, la aprobó solemnemente por una bula expedida en 25 de Mayo de 1474, nombrando á Francisco por general de toda la Orden.

No es posible comprender cómo un hombre solo podía atender á tantos negocios y á tanta multitud de diferentes actos, capaces de cansar las fuerzas de muchos y muy robustos. Consultado de todas partes como oráculo del mundo cristiano, á todos responde. **Su devoción á la Santísima Virgen era tan fervorosa y tan tierna, que, sólo con oír el dulce nombre de María, eran sus ojos dos copiosas fuentes de lágrimas amorosas.** No era fácil estuviese defendida de la persecución aquella santidad tan eminente. Un célebre predicador, más aplaudido que discreto, mal informado de su divino instituto, declamó públicamente contra él; pero apenas le habló dos palabras nuestro Santo, cuando le convirtió en uno de sus mayores panegiristas, y fue después insigne protector de toda su religión.

Fernando I, rey de Nápoles, y sus dos hijos el duque de Calabria y el cardenal de Aragón, dejándose impresionar con demasiada facilidad de los que miraban

con desafecto á Francisco, dieron orden de prenderle. El capitán á quien se encargó la comisión, fue á ejecutarla; pero apenas se puso en presencia del Santo, y fue testigo de los milagros que obraba, cuando se arrojó á sus pies y, rogándole que pidiese á Dios por él y por aquellos engañados príncipes, volvió á ellos é, informándolos de lo que era verdaderamente el portentoso Paula, hizo que, de allí en adelante, le mirase la corte con ojos muy diferentes.

Extendióse fuera de Italia la fama de su santidad y de sus milagros, y, pasando de la otra parte de los Alpes, llegó á la corte de Francia. Hallábase á la sazón el Rey Cristianísimo Luis XI gravemente enfermo en el palacio de Plesis, cerca de Tours, y, habiendo experimentado inútiles todos los remedios naturales, acudió por último recurso al taumaturgo ermitaño de Calabria. Fue menester un breve pontificio para vencer la humilde resistencia del Santo á venir á la corte; pero al fin, obligado de la obediencia al vicario de Jesucristo, se puso en camino, y su viaje fue un itinerario de maravillas. Fue recibido en Francia como un hombre enviado de Dios. El delfín, que fue después Carlos VIII, salió hasta Amboisa á recibirle. Llegando al palacio de Plesis, el Rey con toda la corte le salió al encuentro; le hizo tantos honores, dice Comines, y le trató con tanto respeto como si fuera el mismo Papa. Echóse a sus pies, y le pidió de rodillas alcanzase de Dios que le alargase la vida. Pero el Santo le respondió como prudente y como profeta: *Señor, la vida de los reyes tiene sus límites como la de los demás hombres. V. M. me ha hecho venir para que le alcancemos de Dios vida más larga, y el Señor me trae para disponer á V. M. á una santa muerte.*

Pero lo más asombroso en la vida de este hombre extraordinario, fue la inalterable uniformidad de su maravillosa conducta; tan pobre, tan humilde, tan

mortificado, tan recogido en medio de la corte del Papa y de los Reyes, como en la soledad de su primera ermita. Durante su residencia en el convento de Plesis, acabó de retocar y dar la última mano á las tres Reglas que compuso para religiosos, para religiosas y para la Tercera Orden; teniendo el consuelo de verlas primeramente aprobadas por el papa Alejandro VI, y después solemnemente confirmadas el año de 1506 por Julio II, como el Santo lo había profetizado. Pero el humilde y santo fundador estuvo tan lejos de dar su nombre á la Orden, que quiso absolutamente que sus hijos se llamasen como él: *los mínimos* de todos; nombre que en nuestra santa religión les da más honra y los llena de más ilustre esplendor que los más magníficos dictados.

Llegó en fin el año de 1507, en que aquel hombre portentoso, tan universalmente venerado y tan profundamente humilde; aquel profeta, aquel nuevo taumaturgo que renovó en su tiempo los mayores prodigios de los pasados siglos; aquel gran Santo, cuyas asombrosas virtudes fueron otros tantos milagros, después de haber visto extendida su religión en Italia por la benevolencia y estimación de los Sumos Pontífices; en Francia por el amor, la liberalidad y el agradecimiento de los Reyes Cristianísimos; en España por el celo del rey D. Fernando el Católico, y en Alemania por la cariñosa veneración que le profesaba el emperador Maximiliano I, siendo como el oráculo universal del orbe cristiano y la admiración de los pueblos, colmado de merecimientos, con una enfermedad de pocos días, que fue para él una continua oración; habiendo juntado á sus religiosos, y encomendándoles mucho el amor de Dios, la caridad y unión entre sí, la fidelidad á la santa Regla, y especialmente al cuarto voto de perpetua abstinencia, se hizo llevar á la iglesia el Jueves Santo, habiéndose confesado y recibido el Viático, los pies descalzos y con

un dogal al cuello; mandó que le restituyesen á su celda, en la cual, el día siguiente, 2 de Abril, rindió dulcemente su alma al Criador, siendo de edad de noventa y un años; prodigiosa duración de vida, que puede reputarse por nuevo milagro en un cuerpo tan extenuado con los trabajos y con la penitencia.

Fue conducido el cadáver del Santo á la iglesia del convento, donde estuvo expuesto tres días, sin poder darle sepultura hasta la tarde del lunes siguiente, por el inmenso concurso que acudió á venerarle. Enterráronle en fin; pero el jueves de aquella misma semana, la duquesa de Borbón, hija de Luis XI, y la condesa de Angulema, madre de Francisco I, le hicieron sacar de la sepultura y le condujeron á una bóveda de cantería ricamente adornada, que habían mandado labrar debajo de su magnífica capilla. Allí estuvo el santo cuerpo, expuesto por muchos días, tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo; y allí fue donde un célebre pintor, sacando primero una mascarilla de su rostro, hizo aquel retrato tan parecido que se conserva hasta el día de hoy en el Vaticano.

Desde luego comenzaron los fieles á experimentar los efectos de su poderosa intercesión en la multitud portentosa de milagros. Los pedazos de su hábito, y todas las pobres alhajuelas que habían servido al Santo, fueron instrumentos de innumerables maravillas. Toda la Europa, pero especialmente la Francia y la Italia, comenzaron desde luego á solicitar con las más vivas instancias su canonización. Julio II dio principio á las informaciones. León X le beatificó el día 7 de Julio de 1513; y finalmente, el día 1.º de Mayo del año 1519, fue canonizado con extraordinaria solemnidad.

La Misa es en honor del mismo Santo, y la oración la que sigue :

i Oh Dios, que eres la exaltación de los humildes, y que elevaste á tu confesor el bienaventurado Francisco á un sublime grado en la gloria de los santos! Pedírnosle nos concedas que por sus merecimientos é imitación consigamos felizmente los premios que están prometidos á los humildes. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 de San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparación de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo., por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en Él no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo; aquella justicia que viene de Dios por la fe, para conocer á Jesucristo y el poder de su Resurrección y la participación de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurrección de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto, sino que camino para llegar de algún modo adonde me ha destinado Jesucristo, cuando me tomó para Sí.

REFLEXIONES

Las que hasta aquí tenía por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias por amor de Jesucristo. Sólo por una pura ilusión, sólo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimación los bienes creados: el capricho del entendimiento humano, la extravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupación puede únicamente darles algún precio. La medida de su justo valor es la opinión, y ésta crece ó mengua con la

pasión. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambición, podemos decir que no los gozamos más que por vía de empréstito; somos, á lo sumo, unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos días hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. Pero ¿qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda repleción es enfermedad; no son los más tranquilos los empleos más elevados. Es muy raro el manjar dulce que presto no se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos sólo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuando se ha hallado un corazón que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? Y ¿qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y, con todo, eso es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvación?

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temáis, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los Cielos que no mengua, adonde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

MEDITACIÓN

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las más vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazón insulso, de una razón medio apagada; es un conocimiento vivo, una persuasión efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa más razonable, no hay cosa más noble que este bajo concepto de sí propio, porque no la hay más verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron más que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazón y aquel entendimiento; cuando, á favor de las luces sobrenaturales, registra uno lo que es y lo que puede ser; cuando descubre aquel montón de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propensión natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno, icómo puede dejar de mirarse á sí mismo con el último desprecio! icómo puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza! ¿No es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreírnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿Y no es éste el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra

cuenta: ¿qué cosa más puesta en razón? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece: ¿qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, fuera de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera más que por lo mucho que se gana en el ejercicio de esta importante virtud.

Ninguna hay sin humildad, y todas cuestan poco á un alma verdaderamente humilde. Comunicase á ésta, dice el apóstol Santiago, (*Jacob., 4*), con abundancia la gracia. Y añade el Sabio: El que es humilde teme á Dios; crece en mérito y en gloria; y cuanto más profundo es el cimiento de la humildad, más elevado es el edificio de la perfección. La humildad cristiana es prenda de la salvación. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos, dice Dios por el Profeta? ¿A quién franquearé los tesoros de mi misericordia sino á un corazón humilde y contrito?

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazón y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas. La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la Santísima Virgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseía en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad. Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios, que crió de esta misma nada á todo el universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles; pon los ojos en los mayores santos; todos fueron á cual más humildes. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fue sin duda el milagro de su siglo; ¿pero había en el mundo hombre más humilde?

JACULATORIAS

¿Tendré aliento para hablar á mi Dios, á mi Señor, yo que no soy más que ceniza y polvo?—*Genes. 18.*

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud.—*Ps. 68.*

PROPÓSITOS

1. La humildad sin la humillación, ordinariamente no es más que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud, pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba más segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillación. Si esta importantísima virtud consistiera sólo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarían de humildes á muchos que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa extraña! Está uno atestado de nulidades hasta los ojos, tan de bulto, que los más ciegos las palpan, y no pueden tolerar que otros las perciban. Si alguno se las nota, si se las significa, ¡qué odio, qué mortal aversión! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él porque son suyos.

2. No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No pueden llevar en paciencia una palabra menos respetuosa, alborotan la casa al más leve descuido de un criado; dales en rostro la lentitud espaciosa de la familia; si

alguno se muestra menos pronto, menos obediente á sus órdenes, se pone de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impacencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serías más sufrido si fueras menos orgulloso. Dite muchas veces á ti mismo lo que se decía San Bernardo: *Adoro á un Dios humillado por mí hasta la muerte, y muerte de cruz; iy yo no he de ser humilde!*